

EL CABALLO DEL CABALLERO
(Farsa burguesa para un exposición de pintura)

Estrenada en el Teatro Principal de Alicante, el 22 de Febrero de 1965
por el T.E.U. de Peritos Industriales de Alicante, con el siguiente

REPARTO

PRÓLOGO	Julio G. Viguera
HERMENEGILDO	Jesús Cabanillas
TERESA	Charo Cagigao
HOMBRE	Daniel Laguna
SEÑOR DON	Agustín Barchino

Dirección
CARLOS PÉREZ DE MUNIAIN

Personajes

PRÓLOGO

HERMENEGILDO

TERESA

HOMBRE

SEÑOR DON...

ACTO ÚNICO

Sale el PRÓLOGO por delante de las cortinas y dice:

PRÓLOGO.— Señoras y señores, nos encontramos en un confortable cuartito de estar de una familia burguesa, dispuesta a seguir viviendo alegre y feliz eternamente, entre las paredes de su casa... *(Se alza el telón lentamente. El PRÓLOGO sigue hablando.)* ...oscurecidas por el hollín de cuarenta años de cocer repollo. Hay cuatro sillas feas, un sillón de mimbre apenas utilizable, un aparador, una mesa camilla con las faldas agujereadas y media mecedora. Del techo cuelga, en lugar de la clásica araña, una no menos clásica telaraña que esparce por la escena una desagradable luz verde-infierno. En la pared hay colgados: un reloj, parado en las cinco y veinte; una estampa gris del Monasterio de El Escorial, colgada del revés; un gato muerto, y dos cornucopias. *(Del techo, sujetos por cuerdas, van bajando los objetos enumerados.)* Al fondo, una puerta negra, en cuyo centro hay un ojo de cerradura por el que podría pasar perfectamente un niño de cinco años. En un rincón, colocada sobre un arca, hay una carabela-pisapapeles que oprime, a duras penas, un rimero aterrador de facturas, letras y recibos. La escena debe darnos una deliciosa sensación de bienestar. *(La escena se ilumina. La descripción del PRÓLOGO no debe decepcionar al espectador.)*

En el momento de empezar la “función” está sentado en la media mecedora —bergantín anclado en los ladrillos—, don Hermenegildo. Padece del hígado, tiene flato crónico, ha cumplido los cincuenta y cinco años y está encorvado de tanto hacer reverencias, en su vida, a los im-

béciles importantes. Lee un periódico cuyo texto está al revés. No le vemos la cara, pero cuando su mujer le quita el periódico de delante, comprobaremos que es todo lo feo que nos habíamos imaginado. Al cabo de un momento, entra ella andando a pasitos menudos, abrochándose un vestido. Ella se llama Teresa, tiene cincuenta y seis años y dos verrugas en la matriz. Los dos son flacos. Los dos visten de gris, como las paredes. (*El PRÓLOGO hace una reverencia y se retira.*)

TERESA.— Tendremos que darnos prisa si queremos llegar pronto. ¿A qué hora empieza?

HERMENEGILDO.— ¡No sé!

TERESA.— De todas formas, tendremos que darnos prisa si queremos ver empezar la película. Son las cinco y veinte desde hace veintiséis años. Si no nos damos prisa, nos perderemos los complementos. Nos perderemos para siempre.

HERMENEGILDO.— ¡Me he perdido para siempre, Teresa!

TERESA.— ¿En el periódico?

HERMENEGILDO.— (*Rotundo.*) Sí. ¡Todo se ha vuelto hoy del revés! Todo. ¡Hasta el Monasterio de El Escorial! ¡Y el periódico!

TERESA.— (*Lanzando un gritito.*) Y el gato. ¡Sin embargo, le cuelgo todas las mañanas del derecho para que tome el fresco... Todas las mañanas! Desde que se nos murió hace veintiséis años.

HERMENEGILDO.— ¡No puedo leer las noticias del astronauta!

TERESA.— ¿Y la cartelera de espectáculos?

HERMENEGILDO.— (*Como un lamento.*) Tampoco. ¡Ya, ni los espectáculos!

TERESA.— (*Arrancándole violentamente el periódico.*) ¡Déjame a mí, inútil! (*Se pone a leer el periódico, también al revés.*) ¡No es posible! ¡El mundo se desquicia! ¡El periódico está escrito al revés!

HERMENEGILDO.— ¿Lo ves?

TERESA.— (*Asiente mientras deja caer el periódico al suelo.*) El gato... El Monasterio..., el periódico...

HERMENEGILDO.— (*Rotundo.*) ¡Y el retrete!

TERESA.— (*Aterrada.*) ¿También el retrete?

HERMENEGILDO.— ¿No has ido hoy?

TERESA.— No. Desde que tengo las verrugas en la matriz voy estreñida.

HERMENEGILDO.— ¡Pues el retrete, también!

TERESA.— ¡Qué horror! (*Se abraza a él.*) ¡Qué vamos a hacer, Hermenegildo!

HERMENEGILDO.— No sé... no sé...

TERESA.— ¿Se habrá vuelto al revés la mesa de tu oficina?

HERMENEGILDO.— Hoy es domingo. Mañana lo sabremos.

TERESA.— ¡Se te caerá la tinta encima!

HERMENEGILDO.— ¡Y la goma de pegar!

TERESA.— ¡Y los clips!

HERMENEGILDO.— ¡Y las recomendaciones!

TERESA.— ¡No puede ser! ¡No puede ser! Hay que hacer algo...

(Entra EL HOMBRE con barba de varios días. Se planta delante de ellos y les grita su discurso.)

HOMBRE.— ¡El mundo está del revés, hermanos! ¡El mundo camina enloquecido hacia las antípodas sin atracción de la gravedad! ¡Pero eso no se puede consentir! Hay que hacer algo. ¡Somos hombres y tenemos la obligación de enderezarlo! *(Se sube encima de la mesa.)* Descartes no pasó por el mundo para nada. ¡Ni sus abuelos tampoco! La comunidad humana empezaba a evolucionar hacia el bienestar material y una misteriosa mano está decidida a impedirlo. ¡Tenemos que encontrar esa mano! ¡Y cercenarla de un tajo para que no estorbe! ¡Volvamos las cosas a su sitio, hermanos míos! ¡Sólo así podremos continuar nuestro camino hacia el progreso! ¡En las fábricas, las chimeneas echan el humo sobre los obreros! En las minas, los mineros pierden la lámpara, en las casas, el repollo se sale de las cacerolas. ¿Por qué? ¡Por nuestra culpa! Si nosotros no lo impedimos, tendremos que aceptar este mundo incomprendible en el que lo de abajo está arriba y lo de arriba está abajo.

HERMENEGILDO.— ¿Quién es usted?

HOMBRE.— ¡Un hombre!

HERMENEGILDO.— Pero además...

HOMBRE.— ¡Sólo un hombre!

TERESA.— *(A su marido.)* Parece que está loco.

HERMENEGILDO.— Sí. *(Al HOMBRE.)* Desde luego. ¡Tiene usted mucha razón! Le doy toda la razón. Esto no puede ser... Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Usted y yo solos no tenemos fuerza suficiente para...

(El HOMBRE baja de la mesa y habla a HERMENEGILDO en tono confidencial.)

HOMBRE.— ¿Y si contásemos con los demás hombres?

HERMENEGILDO.— ¡Uy! ¡Eso es imposible! ¡Imposibilísimo! Lo mejor será dejar las cosas como están.

HOMBRE.— ¡Somos hombres! Tenemos que hacer algo. ¡La comunidad humana lo necesita!

(Se oyen unos golpes en la puerta a través de cuya cerradura vemos a un elegante caballero de “chaqué” que contempla la escena desde la entrada del HOMBRE.)

TERESA.— ¡Están llamando! ¡Será el recibo!

HERMENEGILDO.— ¿Pero no son esos los recibos de este mes? *(Señala el rimerro de recibos.)*

TERESA.— ¡Siempre falta un recibo!

HERMENEGILDO.— ¡Abre!

HOMBRE.— No abráis. ¡Escuchadme! El mundo nos necesita. A vosotros y a mí. Si todos a una echamos una mano para enderezarlo, todo será más fácil para todos. Sólo algunos se sentirán fastidiados. Pero son pocos... Los menos...

HERMENEGILDO.— *(A su mujer, que va a abrir.)* Espera. Me parece que este hombre tiene razón. No le entiendo bien, pero el corazón me dice que debemos escucharle. Siga, por favor, siga...

(Los golpes, que ahora son ya cañonazos, hacen tambalearse la puerta. Por fin, ésta cae derribada ante el terror del matrimonio, que retrocede un paso. El HOMBRE permanece impassible. En el dintel se recorta la silueta de un caballero correctamente vestido de etiqueta y con guantes blancos, muy grandes, como los de los payasos; lleva la cara pintada como un Augusto.)

SEÑOR DON...— ¡Qué vas a hacer, Hermenegildo! ¿Qué vas a hacer? ¿Te crees con fuerzas para secundar a un loco en sus ideas...? *(Ríe estrepitosamente.)* Pobre Hermenegildo... ¡A tus años te ibas a dejar convencer por un cualquiera! ¿Por qué?

HERMENEGILDO.— (*Tímidamente.*) El gato..., el monasterio..., el periódico..., el retrete...

SEÑOR DON...— ¡Y eso qué más te da! ¿No eres feliz junto a tu esposa? ¿No tienes un sueldo decente que no te permite morirte de hambre? ¿No descansas los domingos y hasta paseas por las tardes? ¿Qué más quieres? ¿Carrozas y lacayos?

HERMENEGILDO.— ¡Quiero tener el corazón y el hígado en su sitio!

SEÑOR DON...— Así sois los hombres. ¡Cuanto más se os da, más queréis! Malditos seáis, perros ambiciosos. Maldito sea vuestro destino. ¿Qué pretendéis? ¿Que las vacas sean más hermosas? Pues no lo verán vuestros ojos. Yo soy el señor importante. ¡Yo he decidido ser la mano justiciera que ponga las cosas en su sitio! Y no consiento indisciplinas. Elige, Hermenegildo. El mundo así y tu bienestar para siempre, o el mundo del derecho y mi persecución implacable.

HERMENEGILDO.— Teresa...

TERESA.— ¡Tú veras!

HERMENEGILDO.— Pero...

HOMBRE.— Decídetes, hermano. ¡Podemos ser ya dos contra este imbécil! ¡Tendrás el cerebro en su sitio!

HERMENEGILDO.— (*Ilusionado.*) ¿Sííí?

SEÑOR DON...— Te faltará tu mecedora y tu aparato de radio. ¡No tendrás tu comida a las dos en punto!

TERESA.— (*Implorando a su marido con la mirada.*) Hermenegildo...

HERMENEGILDO.— A pesar de todo...

HOMBRE.— ¡Di que sí! ¡A pesar de todo hay que deshacer los entuertos!

HERMENEGILDO.— ¿Es usted don Quijote?

HOMBRE.— Soy don Quijote, y la Reforma. Soy Danton y Padilla. En mi casa tengo un violín y la paz. ¡Abajo la Gran Guerra! ¡Abajo los cazadores de conejos y los pescadores de barbos! Lo demás en su sitio. Ven...

HERMENEGILDO.— (*Interrogando a su mujer con la mirada.*) ¿Vamos, Teresa?

TERESA.— Si tú quieres... Pero no entiendo nada...

SEÑOR DON...— ¡Bienaventurada la mujer estúpida! Ella sabe que si te vas nunca tendrás la paz y el cine. ¡Nunca tendrás el reloj y el gato!

HERMENEGILDO.— (*A punto de estallar.*) ¡Dios mío! ¡No, no entiendo nada!

TERESA.— (*Dulce.*) Llévame al cine, Hermenegildo. Allí nos olvidaremos de todo esto.

HERMENEGILDO.— Veremos la película al revés.

TERESA.— ¡Nos distraeremos! Olvidaremos los problemas caseros.

SEÑOR DON...— Bien dicho, Olvidad, hijos del pecado. Olvidaos y la felicidad invadirá vuestros hogares.

HOMBRE.— Tú eres la mano.

SEÑOR DON...— Sí, yo soy la mano que ha puesto todo en su sitio. (*Mueve su mano alegremente.*)

HOMBRE.— ¡La mano que hay que cortar!

SEÑOR DON...— ¡Tendrías que quitarme el guante! (*Ríe estrepitosamente. Vuelve a mover la mano.*) ¡Curru! ¡Curru! ¡Cu-cu!

TERESA.— ¿Me pinto los labios?

HERMENEGILDO.— Bueno...

TERESA.— ¿De qué color?

HERMENEGILDO.— ¡De negro!

TERESA.— Bueno. (*Saca un lapicero y se pinta los labios de negro.*)

SEÑOR DON...— Deprisa, hijos míos. Deprisa. ¡No hay tiempo para pensar! ¡Si pensáis, podéis caer en el abismo de la miseria humana! ¡Vamos, deprisa! ¡Tengo que ir al cabaret a buscar a mi amante!

HOMBRE.— ¡No irás a ningún sitio! Tendrás que pasar por esta puerta. ¡Y si pasas, te mataré!

(El caballero ríe estrepitosamente.)

SEÑOR DON...— No hagáis caso a este hombre. Es un loco que quiere vuestra perdición. Para qué queréis el hígado en su sitio, si tenéis una manta y un vaso de vino. Vamos, no lo penséis. ¡Aup! (*Salta sobre los hombros de HERMENEGILDO y queda a caballo sobre él.*) ¡Arre, Hermenegildo! ¡Vamos al cine, al cabaret y a la juerga!

HOMBRE.— (*En la puerta.*) ¡No pasaréis! ¡Te cortaré la mano!

TERESA.— ¡Arre, Hermenegildo! ¡Soy redonda y hermosa, ardiente y complaciente! ¡Si no obedeces, no me tendrás!

HERMENEGILDO.— No quiero galopar. ¡Estoy cansado de galopar, Teresa!

SEÑOR DON...— ¡Arre, imbécil!

HOMBRE.— ¡Quieto! ¡Necesito tu mano!

SEÑOR DON...— ¡Tararí, Tararí! (*Imita un trompetazo militar. HERMENEGILDO galopa hacia la puerta seguido por TERESA, que se ha montado en una escoba.*)

HOMBRE.— ¡Te cortaré la mano! Te cortaré la mano y pondré el mundo en su sitio...

(Arremete contra el grupo cuchillo en mano. HERMENEGILDO cae fulminado. El caballero elegante da con sus huesos en el suelo. Se levanta en medio de la confusión y desde el dintel de la puerta hace un movimiento con ambas manos en alto, como los que hacen los tontos del circo.)

SEÑOR DON...- ¡Curru! ¡Curru! ¡Cu-cu! ¡Al cabaret con mi amante! ¡Al mundo risueño que esparce el vino por nuestros sobacos! *(Ríe estrepitosamente y sale.)*

TERESA.— ¡Espéreme, señor! ¡Soy redonda y hermosa! ¡Soy ardiente y complaciente! ¡Espere! *(Sale galopando tras él sobre su escoba.)*

HOMBRE.— *(Inclinado sobre el cuerpo de HERMENEGILDO.)* No quería hacerte daño, hermano. Yo sólo quería cortar la mano. ¡Esa mano blanca como la hipocresía! *(Toma la cabeza entre sus manos.)* Despierta, hermano mío, no me dejes solo... ¡Necesito que alguien me ayude a acabar con el blanco y con el gris, a acabar con el negro! Ven conmigo a cortarle la mano. Con su sangre pintaremos flores coloradas por las paredes... ¡Ven, hermano... ayúdame, no quiero estar tan solo! *(El pobre HERMENEGILDO acaba de expirar y su cabeza cae pesadamente hacia atrás. El HOMBRE empieza a llorar amargamente. Deja con cuidado en el suelo el cuerpo de HERMENEGILDO y rompe en un sollozo desgarrador. Luego se abraza al muerto, mientras grita:)* Por qué me dejas solo con el blanco y el negro. Por qué todo lo que hay a nuestro alrededor es gris... Por qué tengo que consentir que el mundo siga del revés... *(Se levanta iracundo. Grita mirando hacia la puerta.)* ¡Corre, señor don... corre como una liebre, que ya te cansarás! ¡Ya te cogeré! Y con tu mano pintaré los colores del arco iris. ¡Y volverán a mi alma un día los colorines y la paz! *(Al hombre caído.)* Te has muerto sin saber los colores del mundo, hermano mío. Yo no quería hacerte daño. Sólo a él... Pero se ha escondido detrás de ti... Ya tienes la paz por lo menos... *(Gritando.)* ¡Pero no es bastante! ¡No es bastante! ¡No es bastante! ¡Quiero la paz andando y respirando hoy! ¡La paz! ¡La mano! Sin gato, sin monasterio y sin cara-

bela... (Ha pegado un manotazo al gato muerto y una patada a la carabela. Cae sollozando de nuevo, sobre el arca. Da un manotazo al rimerro de recibos y éstos vuelan como hojas en otoño. Murmura, casi entre dientes.) Paz y colores, paz y colores... (Mientras sigue repitiendo esta frase, lentamente va cayendo el telón.)